

Primera parte

uocalles à vna guerra, en que se vertiesse fangre de muchos, sobre negocio, que la vida, o muerte de solo vn hombre, le podia poner en paz. Que aquella mañana se dexasse pagado en las posadas, todo lo que se deuiesse, por si despues de el suceso fuesse necesario profeguir desde aquella parte su camino, sin boluer al pueblo. Esto quedò desde la noche antes ordenado, y à la mañana fue puntualmente obedecido, aunque todos lleuauã los animos postrados, pareciẽdoles, que el Cauallero, à quien auia de hazer espaldas, era fuerça perdiessse la vida y credito. Eran don Alonso, y el Cauallero Frances de vn mismo cuerpo, sin ser casi en esto la diferencia conocida, y hallandose solos aquella mañana, don Alonso se ar-
mò

armô à la Franceffa, y se puso acauallo de el propio modo, y el Cauallero se armò, y puso acauallo à la Española. Desta suerte trocando tambien lugares como lo demas, partieró al campo, haziendo officio de Padrino el prouocado, y de prouocado el Padrino, sin que nadie pudiesse penetrar la ingeniosa industria. Llegados pues al puesto, y congregados tãtos animos, suspensos de la esperança, y miedo de aquel suceso, el Cauallero Frances prouocador, que venia sobre vn corpulento y animoso cauallo, siêdo el de forma no menos dispuesto, se mostrò ricamente armado, à los ojos de amigos, y enemigos, q̃ todos conformes celebraron su gallardo brio, y concibieron los vnos miedo, y los otros esperança de que

auia

Primera parte

auia de conseguir la vitoria. Empeçò
à escaramuçar con mucha destreça, y
quando las trompetas de entrambas
partes querian tañer, para que se acc-
metiessen, haziendoles el señal, para
q̄ callassen, se plantò en medio, y po-
nièdo la lãça de modo q̄ se arrimò à
ella en el diestro braço, auiendo le-
uâtado antes la visera, y descubierto
vn rostro digno de respeto por su
agradable hermosura dixo: Caualle-
ros Españoles, Napolitanos, y Fran-
ceses, que aueys de ser fieles testigos
de este sangriento suçesso, sabed, que
la causa que me ha hecho sollicitalle,
mas nace de honrada satisfaciõ, que
de sangrienta vengança. Como vo-
sotros defendeys la vida de vn ale-
uoso, q̄ los umbrales del Palacio de
su Principe violò con la sangre de

vn hóbre illustre , sin preuenille primero para la defésa? ya que la muerte sea justa, podreys abonar el modo? y dexar de reconocer, q̄ yo q̄ heredo en la hazienda del difunto tanta utilidad, le deũo tambien suceder , o en su desdicha, muriédo à manos de este, o en su valor, matandole como el lo hiziera, si le hallara auifado. Confessar me deueys , que sin injuriar su fama, le pudiera auer quitado la vida, y no que quiso ensangrentarse aun en lo mas precioso. Esto solo siento (porque la mucha justicia que acompaña mi causa me assegura la vitoria) que aya de morir en las manos de vn Cauallero tan illustre como yo, y en vn palenque , el que se deuia à las de vn verdugo, y en vn cadahalfo. O los que me escuchays soys piedras, o yo

Primera parte

no tengo razon, y si entrambas cosas son falsas, grande es mi infelicidad, pues todos no tomays, como propia, esta causa, q̄ mirays, con ojos de agena. Mas que importa, que los hombres esteys en este juyzio engañados, como las mas vezes acontece, si el tribunal de el cielo, superior à los de la tierra, preuiene en mis manos al delinquente el castigo, y en las fuyas el desus injustos defēsores. Muera, muera el autor de esta injuria, y el golpe de mi espada à vn mismo tiempo derribe su cabeça en la tierra, y leuãte la fama de el difunto hasta el cielo, dõde reposa. Aqui dio fin, y baxando la cabeça hizo cortesia à los dos esquadrones, y luego calando la visera enristrò su lança, y haziendo rostro à su contrario le prouocò, que salio con
tan-

tantos brios , que al primer enquen-
tro le entregò à la tierra vergonço-
famente, y apeandose, para dalle el vl-
timo castigo, le hallò ya en pie, y cò-
la espada desnuda , mas fue tan mal
afortunado, que puso poco tiépo en
duda la vitoria, porque rópiendosele
la espada en el escudo de el cótrario,
que arrojò la suya, por no estarle en
nada auentajado, se abraçarõ los dos
valerosamente, donde à pocas buel-
tas, don Alonso, que era vn Caualle-
ro de valientes miembros ahogò al
Frances , y dexandole tendido en el
suelo , se boluiò à poner sobre su ca-
uallo, y auisando al compañero, an-
tes que los demas los pudieffen alcã-
çar, por traer los dos velocissimos ca-
uallos, se boluieron à su posada, y se
desnudaron entrambos las armas , y

Primera parte

el Cauallero Frances juntamente cõ ellas los vestidos: los esquadrones estuuieron cerca de embeñtir el vno, contra el otro, pero al fin los de el vécido recogiendo cõ lagrimas su cuerpo, aunque entero, y nada defangrado difunto, dieron la buelta à Frãciã, sembrando admiraciones, y alabanzas de el Cauallero vencedor. Los de la parte de don Alonso, assi Caualleros, como soldados, y criados se admirauan con mayor razon de el successo, y mucho mas por el modo con que auia conseguido la vitoria, porque se les hazia imposible, como era verdad, que en vnos braços que auia rendido tanta sangre à la obediencia de los Medicos, se pudiesse hallar tan singular esfuerço. De esto sospechosos algunos, dieron con lo cierto de
el

el caso, pero la voz comun (que mas por la apariencia, que por el discurso se rige) quedô engañada, creciendo cada dia (así en los que yuan en el viage, como en las naciones conuezinias) los aplausos de Ludouico el Cauallero Frances, oluidandose por ellos ya de la estimacion, y alabanças de don Alonso, à quien en la opinió de todos estaua muy preferido, llevando nuestro Español esto con tanta constancia, y entereça de animo, que se holgaua, de verse excedido à si mismo en el sujeto de su amigo (que era otro el) con sus propias hazañas, pareciendole, que siédo la gloria de los dos igual (como la pena) en el la posseia. Quedò el enfermo có la honra que se le siguió de la opinion de este suceso, tan alentado, y

Primera parte

brioso, que juzgaron los Médicos por inútiles los beneficios que trataban de hazelle. Don Alonso en todas resoluciones prudéte, quiso que sossegasse dos dias, por no aventurar la salud de vna persona, por quien se auia jugado à tãtos trances de la fortuna, y despues partierõ con alegría comũ de todos. Aqui recibio cartas de el Rey, en que le llamaua con toda diligéncia. Y asì le fue forçoso tomar postas, y Ludouico, aunque contra su voluntad, hizo lo mismo, porque no fue posible impedirselo. Los demas le siguieron à largas jornadas, que tales se les hazian à todos aquellos Caualleros, y soldados, que yuan desseosos de llegar à Napoles, Princesa de las ciudades de la Europa.

Muere Ludouico, en cuya muerte se realça mas el valor de don Alõso, q̃ lo cõfirma, mostrãdose justiciero contra lo mas querido.

EL Rey mādò, preuenir fiestas por la restituciõ que hazia el cielo à aquella ciudad de la persona de tã excelente Cauallero. D. Ines fue la primera q̃ se señalò, preuiniẽdo galas, q̃ ya a pesar de los emulos le fauorecia en tã publico, por eleccion de su propia volũtad, porq̃ verdaderamẽte le amaua, y no por lisongear à su tio, como lo entẽdia la plebe Napolitana, desseosa de q̃ aquella prenda se ocupasse en vno de los dos Potentados, pretendores. Extraña condicion del vulgo, que quiere arbitrar siempre en la voluntad agena; y atreuiendo-

Primera parte

se à lo mas interior del animo de los Principes ; hazerse dueño mas de aquello que le toca menos. El Rey comunicò à don Alonso materias de grauissima importancia, en cuyo consejo hallò breuè resolucìon, y felicissimo acierto, y por el se acomodaron muchas cosas, que amenazauan ruyna à la paz de Italia, y en ella à todo lo mejor de la Europa, que es la Christiandad. Llegò à este tiempo toda su familia, donde quedandose con los criados necessarios, satisfizo à los demas tan liberalmente, que assi ellos, como los soldados, lleuarò alabanças de su virtud. El Rey por su intercessìon, y obligado de su abono hizo à Ludouico muchas mercedes, y fauores, de que el Pueblo le juzgaba merecedor por su comùn agrado,

aun-

del Perfecto Cavallero. **S**

aunque despues le tuuieron por algo sospechoso, por verle comunicar con vn Florentin muy en secreto, hombre de auilidades, aunque sutiles, no muy seguras, y en aquella Corte mal opinado. Retirose de su platica, porque don Alonso le dixo, conuenir asi, pero ya fue tarde, por estar hecho el daño. A pocos dias faltò aquel Florentin de la Corte Napolitana, de quien se dezia, que debaxo de el nombre de Medico encubria otros estudios perjudiciales, siendo professor de vn arte ignominiosa al cielo, y sangriento contra la naturaleza. Experimentose con breuedad en la misma salud de Ludouico, porque cayendo luego malo, visitandole los Medicos de Camara de el Rey, hallaron ser su enfermedad, auerle da

Primera parte

do veneno. Quien pudieffe auer oſſa do tan torpe culpa no eſtuuo en du da mucho tiempo, porque vn criado de Ludouico, y ministro en tan infa me execucion de el Florentin, pueſ to à tormento por ſoſpechas, confe ſo con breuedad, y murio en las ma nos de la justicia con riguroſo caſti go, aunq̃ por tan graue delito en va no le llamo riguroſo, ſi ninguno es baſtante. El caſo fue, que los deudos de los dos Moſiures, que murieron vno à las puertas de Palacio, y otro en el campal deſafio, deſeſperados de hallar otro modo para ſu vengã ça, ſe valieron de aquel, aunque no muy honroſo, remediable. Diſpuſo Ludouico todas las coſas, que toca uan à ſu alma como muy Catolico Chriſtiano, recibiendo los Sacramé tos,

tos con mucho feruor de espíritu, y terneça de coraçon, y vn dia antes de morirfe, embio vn papel al Rey, suplicandole, que no le abrieffe hasta que huuiessen passado veynte y quatro horas naturales despues de el muerto, y que esto fuesse en presencia de don Alonso, y de los demas Caualleros que le acompañaron en la jornada de Francia, y juntamente pedia, que su Magestad no tratasse de la satisfaciõ de su muerte por medio de vengança, porque aunque parecia, auerse hecho à su persona la ofensa, por estar debaxo de su Real amparo, tenia en fin mucha parte la voluntad de el cielo, en cuya obediencia el se hallaua muy gustoso. Que hiziesse instacia à la Magestad Christianissima, para que vn hermano su-

Primera parte

yo menor, y heredero en su casa, y hacienda fuesse introduzido en ella, à pesar de la violencia de enemigos tã poderosos como eran los suyos. Que dos mil ducados de renta que le auia hecho merced su Magestad por los dias de su vida, se siruiesse de que los gozasse su testamētariapor diez años, para que cõ sus efectos se cumpliesen ciertas mandas, que dexaua para el descargo de su conciencia. Assi murio con sentimiento de todos, y mas de su caro amigo don Alonso, q̃ entrandose al Rey acompañado de los Caualleros que le figuieron en la jornada, que parecia auerlos juntado el cielo, para que se cūpliesse la voluntad de el difunto, dixo: Este es el dia, poderoso Principe, en que igualmente auemos perdido todos: V. Magestad

tad vn fiel criado, estos Caualleros, y yo vn honrado amigo. En qualquier animo, y pecho generoso puedé caer oy las lagrimas de tan justo sentimiento. Varones eminentes en armas, y letras han menguado su numero. Los Sabios se hallan con vn sabio menos, y el mayor, y lo mismo los soldados. Que ingenio para fabricar los ardides y cautelas de guerra! Que prudencia para templar las resoluciones arrebatadas, siendo todo de fuego para la execuciõ de las cõuenientes! Quien vio tanta modestia en tan verdes años? En su juuentud madura experimentamos, que podia auer primauera sin flores y con fruto. En la parte de Catolico ninguno mas abrafado. Vertiera su sangre por defender la reuerencia del menor

Primera parte

Ministro de la Iglesia. Frácia felicíssima, en auer producido siēpre ardientes espíritus para la guerra en todos los siglos, no ha tenido Capitan de tan valiētes manos, ni de mejor cōsejo. Vestido de galas y plumas, y discurrendo siempre con palabras honestas y templadas, parecia vn soldado Religioso, y vn Religioso militar: enseñandonos asì, que no véce gloriosamente quien no triunfa con el espíritu, y el cuerpo. O desengaño de la miseria humana, que todas estas partes no basten para hazerse vn hōbre inacésible à la muerte! La suya, aunq̃ nunca para mi sin lagrimas, en gēdrarà menos, y aun quizá gozo, y véciēdo, si huuiera sido peleando, esquadrones de contrarios. Hōbres infelizes, ya no me admiro de que vos

otros

otros, no bien satisfechos de los muchos ministros que tiene, en los accidentes de nuestra naturaleza la muerte, para acabarnos, ayays aumentado, en vuestra misma perdicion industriosos, el hierro, el fuego, y otros instrumentos manifiestos, contra cuyo peligro muchas vezes se preuiene remedio: pero que permitays introducir vn verdugo tan sordo, y desconocido, como es el veneno, doctrina fue de algun infernal espiritu! O Señor si V. Magestad le viera, como estos Caualleros, y yo, pelear en aquel desafio tan gallardamente, y conseguir, despues de enfermedad tan peligrosa, vna victoria tan inopinada, es sin duda que no hallará camino para el consuelo, y que es mejor auer perdido la gloria
de

Primera parte

de aquel dia por no sentir la pena de este. Mas dixera, y fuera imposible, suspender las palabras de vn amigo tan afectuoso, si el Rey no le templara con las suyas, para poder cumplir assi la voluntad de el difunto, abriéndolo a los ojos de los presentes aquel papel que le embio en los vltimos pasos de su vida. Que leyendole en alta voz: todos, de lo que contenia, quedaron llenos de grandes admiraciones, porque en el declaraua el modo del desafio, y el generoso proceder de don Alonso, porque como quien se moria, quiso restituyrle aquella gloria, de que se hallaua indigno poseedor, siendo agena, y que el, aun despues de muerto, no le quiso despojar de ella, antes bién, como se acabaua de experimentar, se la auia buuelto a dar de

nueuo

nuevo, honrándole aqui con eloquētes palabras lo que allà con valientes obras. Viose en el semblante de don Alonso, que le auia pesado infinito oyr aquel manifesto, y que en vez de vanagloria y satisfacion le causò pena, y sentimiento. Crecio cò esto su reputacion en los animos de todos, aunque à algunos que, quãdo el caso sucedio, discurrieron bien, no se les hizo nouedad. Tratò luego de interceder con el Rey, para que se escriuiesse à Francia en fauor de el hermano del difunto, que tuuo efecto, y juntamente instò, para que se le hiziesse la gracia à su testamentaria de los dós mil ducados, por el espacio de diez años. Còseguidas estas cosas, que parecieron ser las mas importantes, tratò de el entierro, que se le dispuso

Primera parte

puso con honroso luzimiento, y ostentacion militar, acompañandole muchas compañías de Italianos, y Españoles, que estauan en la ciudad con sus caxas, y banderas. Seguianse à esto los estandartes de las Cofradias. Luego el inmenso numero de las Religiones cõ sus Cruces. El difunto venia en ombros de grandes Principes en vn ataud muy rico, armado el cuerpo, y descubierto el rostro, à quien rodeauan hermoso, y infinito numero de luzes, que por auerse hecho al tiempo que empeçaua la noche, en razon de que el dia fue muy caluroso, lleuò los ojos, y en ellos las alabanças de todo el pueblo. Seguianse despues todos los Tribunales, y Ministros, y lo mejor y mas noble de toda Italia, que
en-

entonces concurría en aquella Corte de Rey tan poderoso. Deste modo se llegó à vn Conuento de Religiosos Franciscos, que estaua cubierto de negros lutos. Aqui la Capilla de el Rey cãtò las liciones, y por vltimo honor se depositò el cuerpo en vna de las Capillas mas illustres, q̄ se cõprò para este efeto. Prosiguióse todos los nueue dias siguientes con la misma põpa funeral, hasta el vltimo, q̄ con la celebraciõ de sus hõras se le dio el postrer vale. Cõ estas obras adquirio nuestro inuécible Castellano, titulo de perfecto Cauallero, y amigo, animãdo, y persuadiẽdo cõ su exẽplo en todas partes, y tiempos à la imitacion de generosas virtudes, que los altos renõbres no se cõpran de la voz popular cõ acciones menos illustres.

Primera parte

No le desfrutauã menos sus criados, que sus amigos, y deudos, hallando en el apacible padre, que los amparaua en todos los peligros, que procedian de causa justa, y no señor tirano y violento, que los auenturaua à las ocasiones, donde perdiessen su reputacion y crédito, dexádolos despues de auer conseguido su gusto, afrentados y pobres: pero queria, que ya q̄ el los tenia en tã honrosa estimaciõ, que solo mereciessen, viuiendo modestos y templados, sin dar ocasiõ cõ sus libertades, à tener en aquella ciudad y Reyno quejosos ni ofendidos, que muchas vezes los que son poderosos en la gracia de los Reyes, aunque en sus personas no tengan partes desamables, despiertan contra si el odio del pueblo, por las libertades que

que amparan en sus hijos, yernos, y criados, porque no basta, que den satisfacion con su vida, si no con la de todos aquellos que viuen debaxo de su gouierno, y tutela. Este aforismo obedecia don Alonso con tanto rigor, quanto se dexa bien conocer, de lo que en esta proxima narracion se sigue. Fue toda su priuança vn hidalgo noble llamado Rodrigo de Salcedo, que auendolo seruido de page quando niño, era su camarero, y mas amigo que criado, haziafe el merecedor de esta buena voluntad, por ser muy sollicito en el seruicio de su dueño, y tan atento à las cosas de su necesidad y gusto, que cargando con seguridad don Alonso sobre el de su familia el peso, y gouierno, podia vacar à otras cosas de mayor impor-

Primera parte

tancia, como eran las que el Rey siēpre le encomendaua. Por ser hombre desinteresado, cortès, y muy oficioso, no solo auia conquistado el coraçon de su dueño, si no el de todos los nobles, y plebeyos de aquella Corte, que tambien en las ocasiones publicas de fiestas la alegraua, así justas, como torneos, en que se mostraua de los mas galanes, fuertes, y ayrosos. En los ojos de las damas era siempre bien recibido, y el se yua con facilidad tras ellos, flaqueza comū, y puerta de su perdicion y daño. No obstante que en la Corte, aunque cōsiguio muchas ocasiones de gusto, fue con felicidad tãta, que jamas, ni de padre, hermano, o marido, llegaron queexas á los oydos de don Alonso. Con esto seguia el cada dia mas licencioso, y ofado

osado su inclinacion, que tanto son en el mal dañosos los buenos sucesos, quãto en el biẽ vtilis, porque en el vno animã, y en el otro despenã, y fuele el cielo tal vez para mayor castigo de vn hõbre, no ponelle contradiciõ en los vicios, porq̃ empenãdo se mas en ellos, jamas enquẽtre cõ la puerta de la enmienda, hasta llegar à morir sin ella, que es la vltima de las desdichas. Tiene Napoles amenissimos jardines, dõde la naturaleza, cultiuada de el arte, es perpetua lisonja de los ojos, (o por mejor dezir) industriosa tirana, que con lo mismo q̃ los deleyta, los cautiua. Aqui mas benigno el cielo que en otras partes, establece en sus campos eterna primavera, sin conocer accidẽtes, ni diferencias de el tiempo, porque para

Primera parte

ellos, todo el año es vn mes de Abril, que los demas meses ò no llegã alli, ò siguen la condició del que es hermoso padre de las yeruas, y flores. El Conde de Santelmo, señor titulado de aquel Reyno, posseia entre estas fertilidades vn sitio, por las plantas, fuétes, y pinturas calificado en aquella ciudad, y Reyno, y aun en el demas resto de Italia. Muchos poderosos Principes le subieron de precio, y valor para la eleccion de su gusto, à quien el Conde jamas dio oydos, respondiédo, que era señor superior à ellos, ya que no en las riquezas en el animo, pues dexaua con desprecio lo que ellos dauan con ambicion, ofendiéndose, de q̃ nadie presumiese de si, que era tá rico, que siendolo el tambien, le pudieffe pagar su gus-

to, pareciendole, que en el mūdo no ay dineros, para comprar el de el que los tiene, aunque no sean muchos, y q̄ solo el de el pobre es vendible, por ser fugeto, en quien ha de tener mas vezes lugar la necesidad de el cuerpo, q̄ la eleccion de la volūdad. El Cōde que era, como se vee por estas razones, muy entendido, amaua sin otros fines, mas que la estimacion de sus partes perfectas à don Alonso, y tanto, que le forçò, aunque se resistia à recibir por dadiua de buena volūdad este jardin, desuaneciédose mucho el Conde, de ver, que auia dado su gusto por su gusto, con que dezia no auelle enagenado, sino passadole de vn fugeto bueno à otro mejor, porq̄ antes gustaua de posscer aquellas fuentes, y flores, y entonces mu-

Primera parte

cho mas , de que sugeto mas digno las possesyesse. Propia acciõ de la nobleza Napolitana , que en todas ocasiones generosa, y liberal respládece, para cuyas alabanças faltan brios , y aliétos à la pluma de el mas eloquente espíritu. Fue necessario , para que don Alonso recibiesse este jardin, no solo tener licencia de el Rey , sino preciso mandato, que el Conde solicitò, y el Rey dio con mucho gusto: desuancciendo con esto las murmuraciones de el vulgo, que siépre emplea sus ojos en césurar las acciones de los fauorecidos de los Principes, y recibe con enojo los aumentos de su fortuna, assi en la hazienda, como en la autoridad. El dia pues que don Alóso huuo de recibir aquella amena dadiua , y tomar possesion de vn sitio

sitio donde la tierra estaua tambien vestida, y el ayre con tanta suauidad alentado. El Conde, que quiso tambien con el modo, dar tambien à este donatiuo la vltima perfeccion, le regalò, ofreciendole en ella vna comida esplendida, y por vltimo plato entre dos fuentes las llaues de aquel jardin. Estas las traía vna muger de diez ocho à veynte años, vestida en habito de labradora, y hija del casero, nacida y criada en el propio lugar, por mayor honra de el mismo, pues no solo engendraua plantas de belleza inanimada, sino aquella cuya hermosura era inmortal, y diuina. Hizo su ofrecimiento con mucho agrado, y suauidad, que don Alonso recibio con grande cortesia y gentileza, pues tomando las llaues de la

Primera parte

fuelle , y quitandose vna cadena de oro que lleuaua al cuello, la puso en la de Laura , leuantandola de el suelo, y ofreciendola, para lo de adelante, à ella, y à sus padres largas mercedes. Al tiempo que ella yua à salir, Rodrigo de Salcedo entraua con vnos despachos para su dueño, y detenido de tan singular perfeccion, entretuuu la vista en ella mas de lo que conuenia, dexandose acometer, y rédir de sus ojos, pudiendo auerse retirado al primer golpe, y escusar el entregarse , antes que armada segunda vez le sugetara con fuerça poderosa. Passò adelante Rodrigo bien contra su voluntad, y besando la mano à dō Alonso le pidio albricias, y luego le entregò vnas cartas de España , que eran de vn sobrino suyo, hijo natural de

de su hermano don Luys, à quien amaua tiernamente. Su nombre don Fernando, y sus partes, y suceffos las que en el lugar, que les tenemos señalado, diremos. Leyolas el tio gustosissimo, y mucho mas porque le auisaua, que tenia licencia del Rey Hérique, para venir à velle, discurrio con esta ocasion con Rodrigo, y los demas que estauan presentes en las cosas de Castilla, y principalmente en las de Valladolid, amada de el por ser patria, y justamente por la hermosura de su asiéto, y fertilidad de su comarca, tan abudánte en todos tiempos, de lo que la necesidad humana pide, y aun de lo que la sobra, y no ha menester. De Zamora, y Burgos despertaron las alabanças dos Caualleros, que de ellas eran natura-

Primera parte

les, que oyò con mucho gusto don Alòso, aumétado razones, à razones, y esforçado el mismo su intèto, y parece, q̄ tenia animo de dilatarse mucho, sino fuera agrauiò de la hermosura de el sitio presente, referir alli agenas perfecciones, quando las suyas eran tantas, y llenas de tan prodigiosa admiracion. Llegò la hora de boluerse al lugar mas apriessa, que le sucediera à otro, que fuera dueño de su tiempo y acciones, que los que asisten al lado de grandes Reyes, viuen en vna esclauitud, quãto hórada penosa, y vinculan su felicidad en la prisió de su aluedrio, gouernado por ageno decreto. Quiso antes hablar al casero, y mandò, que se le llamassen, diligencia que tomò por su cuenta Rodrigo de Salcedo, que mientras

el vino à recibir las ordenes de el nuevo señor, se quedò con Laura (error grande, refrescar tan apriesa la memoria de su vencimiento, para no fallir jamas de el) dixola con brevedad lo bien que le auia parecido, y quan obligado se hallaua de sus hermosas partes à seruilla, y estimalla, y las razones comunes, que en tales tiépos se ofrecé, muchas vezes mas erradas, quanto mas se dessea que se acierten. Laura, aunque criada en rusticos paños, y cultiuada solo en cultiuar plãtas, tenia vn ingenio cuerdo, y reconociédo con el las burlas de los hombres, q̃ se crian en las Cortes, y Palacios, despreciò la platica, y en vez de agradecimiéto, mostrádose enojada boluiò las espaldas, y viédose seguir de el có las razones, y los pasos, alargò
los

Primera parte

los suyos, y con el mouimiento ve-
loz se le cayò vna guirnalda de ro-
sas, que lleuaua sobre la cabeça, y en-
cendiendose mas las de las mexillas,
quiso boluer acobralla, mudando
aprieta de intēto, por verla ya en ma-
nos de Rodrigo, que lleuando la in-
aduertidamente en ellas, encontró
con su padre de Laura, que recono-
ciendo la joya, y admirado que tal
dueño la posseyesse, engendrò sospe-
chas, y rezelos. Con esto desocuparò
el jardín don Alonso, Rodrigo, y los
demas que le seguian, aunque Rodri-
go tã forçado, que se quisiera quedar
hecho marmol de aquellas fuentes,
por no desamparar sitio à sus ojos tã
apacible. Lisògeole la fortuna el des-
feco, porque estando ya en la mitad
de el camino, se le acordò à su due-
ño,

ño, que se auia dexado sobre vn bufete la carta de el sobrino, que el queria enseñar al Rey aquella noche, y boluiendose à Salcedo le dixo: Por tu vida amigo q̄ me perdones, y pues vienes en mas ligero cauallo que todos, me hagas gusto de boluer al jardin, y traerme las cartas de don Fernando, que me las dexè olvidadas sobre el bufete, y porque no inquietes al casero que cansado de la ocupaciõ que le auemos dado oy, se hallaua cõ resoluciõ de recogerse temprano, y podra ser, que lo estè, quando tu llegues, toma esta llaue, y sin llamar à la puerta de sus aposentos, abre las de el jardin, procurando boluer con presteza, que en Palacio te espero en el quarto de el Rey, camina apriessa amigo, q̄ Dios sabe, que quisiera es-

Primera parte

escusarte essa incomodidad , y disgusto. Esto dixo como quié no sospechaua, quan al contrario lo sentia Rodrigo, que quando vio aquella llaué en sus manos, pèso, que le auian puesto en ellas las del Parayso terrenal, y partio tã veloz, que su amo satisfecho de su diligencia , quedô dziendo mil alabaças de su buen seruiçio , assegurando à los circunstantes, que desseaua (y lo auia de procurar) mas que los acrecentamientos propios los suyos. Rodrigo llegô al jardin, y con la inquietud que lleuaua hizo tanto ruydo en las puertas, que obligò al Casero, à salir de sus aposentos , donde ya estaua medio desnudo con vna escopeta en la mano, y encontrando à Salcedo , que ya salia le examinò con no poco sobre-

bresalto la causa de su venida, que aunque le fue contada, como el no auia reparado, en si los papeles se auian quedado, maliciò engaño, y sobre las fospechas precedentes, concibio mayores cuydados, y temores. Salcedo se ofendiò de el enqué- tro, tanto porque le hablò con libertad, y los briosos no quieren, q̄ nadie se les iguale en el corage y gallardia, como porque perdio las esperanças de ver aquella noche à Laura, que ya salia con vna luz à alumbrar à su padre, con que Rodrigo, en medio de aquellos furores, serenò el se- blante, y procurò con palabras corteses, y blandas, obligar al artifice de tanta belleza, para que le mirasse con rostro menos seuero, diziendole q̄ le auia pesado mucho inquieta-
lle



Primera parte

lle en su quietud, y que no lo huuiera hecho sino fuera por obedecer al dueño de todos, entreteniendo la practica, quanto podia, por deleytar mas sus ojos en los de Laura, cuyo padre, aunque humilde en fortuna, tenia levantado el entendimiento, y el animo, y en el suceso de aquella noche acabô de confirmar sus zelos, porque le pareció; que aquellas cortesias, y fauores, dadas por vn Español, y tan noble, aun Italiano, y tan pobre, fundauã su honor en su deshonor. Boluio Rodrigo à los ojos de don Alôso con grande velocidad, procurando ganar en la priessa de el camino la detencion que auia hecho en el jardin de el rostro de su esquiuua vencedora. Tres dias passô sin vella con ansias, y fatigas inmortales, sin descubrir

cubrir camino al sosiego, aunque le buscava en todos los entretenimientos, y ocupaciones, que vna ciudad tan opulenta como Napoles ofrece, quando su dueño le entregò mas à su desdicha, sin entender el daño. Boluiò alla con el solo, y agradándose mucho mas de aquel lugar, por ser la casa que tenia, aunque muy curiosa, no del todo capaz, se determinò à labrar en ella vn quarto. Con esta resolution partio de alli, y mandando hazer la planta, dio à Salcedo orden que asistiessè à la obra, poniendo en ella, para que tuuiesse bñeue y agradable fin, el cuydado que solia en todas las cosas que à su seruicio tocauan. Quedò con estremo gozoso de la ocupacion, y por ella restituydo à la vida, de que ya se juzgaua priuado.

Primera parte

El cafero se desagrado, de tenerle tã vezino, mas como hasta entonces no tenia mas fundamento que vnas vanas sospechas, templò su mala volũtad, y determinò, serle agradable, y viuir cuydadoso, y aduertido, cumpliendo de esta suerte con el respeto y el recato. Rodrigo le hazia regalos, y le abonaua con don Alonso, para que tuuiesse particular estimacion de su persona, y juntamente valiéndose de el medio de vna labradora, llamada Dorotea, tia de Laura, profegua en sus intentos, poniendo cada dia mayor fuego en su pretension, pero esto con tãto arte y simulacion, que en lo publico apenas la miraua, por no boluer à estragar el animo de su padre, y dar ocasion à perder su vista, y con ella las esperan-

ças de los de mas gustos, q̄ le prometia la aleuosa Dorotea, aunque entõces le confessaua, que Laura estaua muy desdeñosa, por viuir aficionada de vn mancebo llamado Iulio, que sus padres tratauan de darle por esposo. Preguntauale don Alonso à Salcedo, las vezes que le veia, el estado de la obra, y respondia: Señor, va muy de espacio, aun no se ha puesto la primer piedra. Como tenia relación contraria de otros criados, y no aduertia en las palabras equiuocas, que debaxo de la alegoria de el edificio significauã la pasión de sus amores, presumia, que como era tan diligente en todo lo que corria por su mano, aun le parecia poco, lo mucho q̄ auia labrado, y por esso dezia, que estaua en el principio aquello cuyo

Primera parte

fin no se mostraua muy lexos. Hallauase Dorotea muy obligada, y dessea ua, ya que ella no podia reduzir à Laura, à que con volũtad, y sin fuerça se entregasse à Salcedo, ponelle en ocasion, donde le valieffen su diligẽcia, y offadia. Consultose entre los dos, y determinaron, que vna noche dieffe Dorotea entrada al incorregible amante en el aposento de la casta, y valerosa donzella, y que por si dieffe voces, el tendria personas à la puerta, que le defendieffen al padre la entrada, sin ofendelle, porque vertiendo su sangre, no se aumentasse delito à delito, y se hizieffe mas odioso con el segũdo, assi à los ojos de Dorotea, como à los del Rey justiciero, y al pueblo vengatiuo. Esto se dispuso no con tanto secreto, que Laura dexasse

dexasse de entenderlo, y auisar a su padre, que retirò a su hija al propio aposento, donde el dormia, y aun no bien satisfecho con esta diligencia, se puso en vna yegua, y entrando en la ciudad, se quexò como hombre apasionado, y que tenia razon, con mucho brio a don Alonso, que haziendo lo que pudo, para que se sofegasse, le dixo: Que las personas que le truxeron tan falsas nueuas, auian procurado vsurpalle la quietud con tan manifesto engaño, infamando la persona de Rodrigo de Salcedo, de cuyas virtuosas costumbres espe-
raua el mas templadas resoluciones. Que se boluiesse a su casa seguro, q̄ haziédo el lo que le tocava para cõ-
serualla en su recato y entereça, des-
de entonces se encargaua de ampa-

Primera parte

ralla, y ponía à cuenta de su reputación, las injurias que à la fuya se hizieſſe. Que para seguridad de q̄ aquello se cumpliria aſſi, le empeñaua su palabra, y aquella fortija con el sello de sus armas (que se la dio sacandola de el dedo de el coraçon) para que cõ ella le conuenciessi, si fueſſen tã infelices, que ocasion, de tanto disgusto para todos, llegasse. Que boluiesse à velle algunas vezes, para dalle cuenta de el estado de este negocio, porque si se confirmauã sus rezelos, hallando nueuas señales, pōdria remedio con tiempo, al peligro que amenazaua à todos. Boluiò consolado con tales promesas el padre de Laura à su retiramiento, y por hazer de su parte todo lo poſſible, apartò à Dorotea, cõ ser su hermana, de ella-
do

do de su hija, ausentandola con ocasion, que buscò aparente, pero no tanto, que ella no conociesse el origen de su destierro. Dêtro de pocos dias, haziendo sobre este caso aueriguacion secreta don Alonso, entendió de otro criado suyo, muy confidente de Salcedo, que amaua à Laura, y que sus desdenes le tenian impaciênte, y temerario: quedò aduertido y esperando, à que viniessè vn dia à hablalle, mandando, que se retirassen los demas, solo y con entereza le dixo: Rodrigo, si huuieras tenido otro ayo mas que mi cuydado desde tus tiernos años, en el daño q̄ oy miro en tus costúbres, culpara tu descuydo. Que infeliz serias, si la facilidad de tu condicion te descompusiesse los aumentos, que mi diligencia, y

Primera parte

buena voluntad te solicitan. La estimacion que yo siempre hize de los hombres corregidos en sus apetitos no puedes ignoralla , pues en q̄ fias, quando te opones à lo honesto, cebado en lo q̄ tu juzgas deleytoso? bur-las acaso de mis auisos y consejos , ò aun no los ha entendido como ellos son, y yo quiero? Que te amo como à hijo, confieso, pero el dia que te mirare vicioso , quedaràs para mi tan desconocido , que te perseguire como à còtrario. Todos los virtuosos, (aunque yo no me desuanezco, creyendo de mi que lo soy) contrahen conmigo deudo , de aqui veras , que el dia que lo dexares de ser , acabò nuestro parentesco, y empeçò la enemistad. Aduierte , y no lo dudes, que de ofensa , en cuya vengança son

son interesados Dios, y los hōbres, me preciarè de ser verdugo en tu castigo, y su desagrauio, y no me esperes piadoso, quando con tanta razon me vieres enojado. Si fabricas mas edificio, del que yo te ordeno, à la vista de entrambos cayràs cō el de tu buena fama (hasta aqui conseruada) sin que te valgã lagrimas y suspiros engendrados en tu arrepentimiento. Callò con esto don Alonso, y haziẽdole vna reuerencia, sin respondelle, boluio las espaldas Salcedo, alterado el animo, y embuelto el semblante en vergonçosas colores. Viuiò algunos dias recatado en sus desseos, mas hallandose de ellos mas vencido, quanto mas procuraua su templança, y que era fuerça perder la vida, ò lograr su gusto, dexando passar

Primeraparte

algun tiempo con simulació, sin inquietar à Laura con recaudos, para que su padre, y ella se assegurassen. Aconsejado, y fauorecido de ciertos amigos de vida inquieta, vna noche, quando con mas descuydo reposauá en la caſeria, saltaron pór las paredes, y entrando en el jardin hizierõ ruydo, como que tratauan de abrir la puerta de vna galeria baxa, donde estauan escondidas algunas piezas de sedas de valor, que don Alonso queria embiar à España. Los jardineros despertaron, diziêdo en altas voces, ladrones, ladrones, el casero salio al ruydo, y passando de sus aposentos à otros de enfrente, à buscar vna escopeta, sin saber quien, le encerrarõ dentro. Yua Laura que se leuantaua animosa à seguir los pasos de su padre, à vestirse

vestirse, lo que vastasse, para no salir deshonesto, y hallose en los brazos de su atreuido amante, que robò cò violenta fuerça, lo que ella auia resistido con tanta honestidad y recato. Que apenas logró los desseos de su apetito, quando boluio el rostro, temiendo el castigo de el pecado, que tá seguro le trae à las espaldas. Auia hecho el Rey aquel dia merced à dõ Alõso de titulo de Marques de Belflor, con muchos vassallos, y rentas, para dalle disposicion por todos caminos, cò que las bodas de doña Ines tuuiesse mas cierto su efecto. Estaua el Cavallero tan gustoso, que al parecer de los presentes, nada podia sucedelle aquel dia, que le destemplasse el gozo interior de su espiritu, quando entrò el padre de Laura, que
con

Primera parte

con vehementes razones y lagrimas hizo relacion de la violencia hecha à su casa, y à su hija, con tã aleuosa estratagemas, y pedia, poniéndole la sortija de el sello de sus armas en las manos, que le cumpliesse lo prometido. Assegurose don Alonso, de ser esto verdad, por la cõtestacion de los demas jardineros, y guardas de aquel sitio, y partiendo colerico à darle al Rey quenta de todo, traxo vn decreto de su mano en que mandaua. Que ninguno de sus ministros de justicia, tratasse de castigar aquel delinquente, porque el remitia la absolucion, ò pena de su culpa à don Alonso, en quien cedia, para aquel caso, toda su fuerça, y potestad Real. Estendiose la voz por la Corte de esta orden dada por el Principe, y empeçô à descaer